

Curiosidades entomológicas

Carmen Loyola

Crecí y viví en la calle de Santa María la Ribera, que conduce al Kiosko Morisco de la Alameda, lugar en el que aprendí a patinar y pasé muchos domingos. Otras opciones de paseo eran y —siguen siendo— el Museo de Geología y el Museo del Chopo, así conocido por los habitantes del barrio y de la ciudad.

En el cajón de mis recuerdos puedo verme entrando por la puerta principal del último de estos museos. En un momento, como por arte de magia, ingresaba a otra época y a otro hábitat. Caminaba por el corredor principal, avanzaba dos pasillos, daba vuelta a la derecha (hoy siempre doy vuelta a la derecha cuando entro a algún sitio poco conocido), continuaba hasta pasar uno o dos pasillos más, giraba a la izquierda y a una vitrina de distancia podía ver en lo alto, la caja que guardaba las famosas “Pulgas vestidas del Chopo”. Siendo una niña de pequeña estatura, me sostenía sobre la punta de mis pies estirándome lo más posible. Alcanzaba a ver, entonces, la orilla de la caja y su lupa maravillosa. A las pulgas sólo las imaginaba con la capacidad de la mente infantil. Una vez realizado este ritual (era mi paseo de domingo favorito), volvía a mi casa con mi alma en paz.

En 1968, cuando quisieron demoler el edificio y deshacer sus colecciones, el personal académico del Instituto de Biología de la UNAM rescató algunos especímenes. La Dra. Leonila Vázquez tomó bajo su cuidado tan insólitas piezas y las guardó en su cubículo durante muchos años. En 1989 y en 1993 se volvieron a exhibir, con motivo del sesenta aniversario del Instituto de Biología y del noventa aniversario del Museo del Chopo. En junio del 2000 recibieron un tratamiento de conservación. Ese mismo año, con la ayuda del microscopio, realice una serie de fotomicrografías con el fin de resolver el misterio que me ha acompañado desde la infancia: las pulgas vestidas, ¿son de veras pulgas?

Texto publicado en *Luna Córnea 20. Zoografías*
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 2000.